

Carlos Eduardo Mora
Guylaine Roujol Pérez

FALSOS
POSITIVOS
LA VERDAD
DEL CABO
MORA

icono •

*Todos los días siento temor.
Hay que aprender a convivir con este sentimiento
y no dejarse dominar por él.
De lo contrario, no hubiera denunciado estos hechos.
El miedo tiene que dejarse en un segundo plano
para que no sean los malos los que ganen.*

—CARLOS EDUARDO MORA

*A las personas maravillosas que he conocido
durante todo este duro trayecto de mi vida, pues sin ellas
seguramente hubiera muerto hace años: Auro, Liliana del Pilar,
José M. y Juan P., gracias por su ayuda y consejos.*

*A todas las madres que han perdido a sus hijos durante
tantos años de conflicto en Colombia, en especial, a las madres
de Soacha. Ha sido una bendición conocerlas.*

*A todos los soldados que día a día hacen lo correcto por
convicción y amor a la patria. Los buenos somos más.*

*A mi madre y a mi esposa,
gracias por estar siempre a mi lado.
Lina, te amo.*

A mi hija Nicol, espero que seas una gran mujer.

Guylaine, gracias por escucharme.

—CARLOS EDUARDO MORA

Contenido

Prefacio	11
1. De Caribdis a Escila	13
2. El origen	24
3. Hacia una carrera militar	34
4. En Ocaña, la Brigada Móvil 15	43
5. Territorio minado	62
6. En misión para la Cioca	67
7. «Sabes quién soy, ¿verdad?»	78
8. Una investigación que me puede costar caro	82
9. Retorno a Bogotá	92
10. Los desaparecidos de Soacha	100
11. Plagado	112
12. El árbol que esconde el bosque	120
13. «¡Grave! ¡Muy grave!»	134
14. Julián desapareció	140
15. La tentación de taparlo todo	152
16. La justicia está pendiente	170

17.	Una luz al final del túnel	181
18.	¡A la Casa Blanca!	189
19.	¿Quién dio la orden?	193
20.	¿Sapo o héroe?	201
21.	El exilio	213
22.	¿La verdad?	220
	Epílogo	227
	Bibliografía	233
	Anexos	239

Prefacio

ESTA HISTORIA ES LA DE VARIOS destinos que se cruzan. Ante todo, es la odisea de Carlos Eduardo Mora, un joven suboficial del Ejército colombiano de origen humilde, lleno de convicciones, aficionado a la justicia, ansioso por participar en el éxito de su nación. Después de lograr sus aspiraciones de ser militar, sus sueños se romperán en una realidad inimaginable.

También es el testimonio de familias pobres del sur de Bogotá, cuyos hijos desaparecen uno tras otro, antes de reaparecer misteriosamente, enterrados en fosas comunes a más de seiscientos kilómetros de sus hogares, en el Norte de Santander.

El cabo Mora ya no estaba en una unidad militar en Ocaña (Norte de Santander) cuando los desaparecidos de Soacha fueron asesinados allí. Pero, desde el 2007, intentó —sin éxito— denunciar hechos serios de vínculos entre ciertos oficiales de alto rango y paramilitares, con la esperanza de que se detuviera la producción de combates falsos y sus víctimas inocentes, que permanecerán en la historia de Colombia bajo el término de *falsos positivos*.

Si lo hubieran escuchado, las Madres de Soacha y muchas otras familias de víctimas no estarían esperando doce años después la verdad que se supone emana de la Jurisdicción Especial de Paz (JEP), cuyo componente en las ejecuciones extrajudiciales es tan amplio que será imposible reconstruir la historia de cada uno de los miles de civiles asesinados por el Ejército.

Estas familias, además, no habrían tenido que enfrentar la liberación de militares —algunos condenados hasta cuarenta o cincuenta años de prisión—, porque pretenden decir la verdad, toda la verdad. La cual parece tratarse, más bien, de su verdad.

Hombres jóvenes, a veces un poco perdidos, coqueteando con la delincuencia, otros buscando trabajo u oportunidades, frágiles, pobres, asesinados y convertidos en guerrilleros o paramilitares abatidos por soldados en combate para obtener días de permiso, felicitaciones y evaluaciones positivas para avanzar en sus carreras militares, en busca de ventajas personales o monetarias con el aval y a la vez la presión de responder a una orden superior de resultados, cuando estos «se medían en litros de sangre».

Se trata de asesinatos cometidos a sangre fría, de acuerdo con un proceso probado y un patrón perfeccionado durante meses y años. Al respecto, uno se puede preguntar qué lugar ocupan estos hechos dentro de una jurisdicción que se supone que juzga los crímenes cometidos «en el marco del conflicto armado». Estos homicidios fueron perpetrados en gran parte del país y alcanzaron su punto máximo a mediados de la década de 2000, cuando la «seguridad democrática» involucraba a civiles en el conflicto armado, así como la obligación de tener éxito.

Carlos Eduardo Mora no fue el único en denunciar esta absurda práctica en su apogeo entre 2005 y 2008, pero son pocos los que se atrevieron a atacar al monstruo y poner en peligro su vida y la de su familia. Nadie salió ileso de este proceso. Sin embargo, él fue el primer militar que lo hizo correctamente, primero con sus superiores y luego ante las autoridades legales y judiciales de su país, en un momento en que esta práctica no era conocida por el público en general. En un largo proceso y a expensas de su carrera, que finalmente rindió frutos, gracias a su obstinación y a su gran valor, pese a las intimidaciones y a diversos atentados contra su vida.

Por su parte, las Madres de Soacha no se han rendido, moviendo el cielo y la tierra para encontrar a sus hijos desaparecidos sin dejar noticias, caídos en una trampa fatal, durante un viaje sin retorno. Y ahora, hoy más que nunca, para que sus verdugos sean juzgados, a pesar de las graves amenazas.

[1]

De Caribdis a Escila

UNOS MESES ANTES de la masacre en el Alto del Pozo, donde diecisiete militares cayeron en un ataque de las FARC entre Ocaña y Cúcuta, mientras me dirigía al batallón en una pequeña motocicleta, un automóvil me arrojó. Era en octubre de 2006, poco después del cambio de jefe de la Brigada Móvil 15.

La violencia del choque me hizo perder el conocimiento. Cuando recuperé la conciencia, mi pie derecho tocaba mi hombro. Esta curiosa postura sólo era posible debido a varias fracturas en el fémur. El auto se había marchado, pues sus ocupantes seguramente me habían creído muerto; no querían problemas. No sabía cómo iba a salir de esta situación.

En medio de mi desgracia, tuve un poco de suerte. Aunque conducía sin casco, como la mayoría de los motociclistas de la zona, debido al calor que prevalecía, no tuve traumatismo craneal. Como la fractura no estaba abierta, tenía menos riesgo de infección. Mediante una contorsión dolorosa —el movimiento más leve era una gran tortura—, logré agarrar mi teléfono y alertar al batallón para que alguien me ayudara.

Cuando el dolor estaba al límite de lo soportable y mientras estaba luchando contra un nuevo desmayo, la ambulancia llegó al sitio en el que yacía. Fui llevado al hospital Emiro Quintero Cañizares en Ocaña. En el sitio, el médico rápidamente notó que la lesión era demasiado grave para ser tratada en aquel centro hospitalario. Tenía que ser enviado a un establecimiento de mejor nivel en Bogotá, Cúcuta o Bucaramanga.

Decidieron evacuar me a Bucaramanga. Dada mi condición, esperaba un traslado en helicóptero. ¡Pero no! Me llevaron en la ambulancia del batallón, en un viaje de cuatro horas por

delante. Me sentí incapaz de soportar este sufrimiento durante tanto tiempo, con las sacudidas del constante movimiento del vehículo. Pedí que me aliviaran el dolor con cualquier cosa, morfina o aquel producto que a veces se administra en zonas de combate para suavizar el final de los soldados moribundos. ¡Incluso creo que pedí que me amputaran la pierna!

La administración de un analgésico poderoso me sumergió en una espesa niebla. El resto es sólo una serie de destellos cortos intercalados con períodos de inconsciencia.

Cuando desperté, no sabía dónde estaba; me sumergí nuevamente en el limbo de un sueño artificial. Después de que finalmente recuperé la conciencia, me sorprendió no encontrarme en un hospital militar, sino en la clínica La Merced en Bucaramanga. Me operaron y ni siquiera me había dado cuenta.

Del accidente, visualizaba un Renault rojo, que llegaba rápido hacia mí. Luego un agujero negro y aquel maldito dolor indescriptible. Recordé las circunstancias; en ese momento, incluso hubiera podido dibujar un boceto. No obstante, el informe del accidente fue realizado en la Brigada Móvil durante mi hospitalización, sin mi participación. No escribí una sola línea, ni se escuchó mi versión de lo ocurrido. ¡En un abrir y cerrar de ojos, todo había terminado!

Días después de aquel oscuro evento, estaba de vuelta en Ocaña. Había perdido la movilidad de mi pierna derecha. Tal lesión tomó meses y meses en mejorar, antes de que pudiera por lo menos poner el pie en el suelo. Cojeaba, ayudado por muletas, pero eso no me impidió trabajar de nuevo en la Cioca, la Central de Inteligencia Táctica de Ocaña. Sin embargo, bajo otras condiciones. Muchos de los fundadores habían sido dispersados a diferentes unidades militares en Norte de Santander e incluso de toda Colombia. En mi estado, mi asignación no había cambiado y era impensable que me enviaran a otro lado. Entonces, debía trabajar con el nuevo equipo.

El coronel Herrera tuvo que lidiar con mi presencia. Estaba cojeando por allí y por allá. A pesar de mi incapacidad, no dudaría en desplazarme a cualquier sitio que se me ordenara, incluso a áreas peligrosas.

Me llevó varios días comprender que seguramente esperaban que la guerrilla u otro grupo armado me atrapara. Habrían terminado convenientemente el trabajo. Era tan ágil como un yunque y me sentía tan vulnerable que más de una vez mentí, fingiendo haber estado en un lugar y otro, cuando en realidad no lo estaba. Quizá por eso el coronel Herrera le dijo luego a la Fiscalía que yo era un militar indisciplinado.

El cabo Rafael Antonio Urbano se unió a la Cioca a principios de 2007. Poco después de su llegada, su trabajo de Inteligencia llevó a la incautación de una caleta de armas. Tal resultado en tan poco tiempo era sorprendente. Los militares que nos desempeñamos en la Inteligencia sabemos el tiempo que lleva obtener un buen resultado.

Esta operación dejó como consecuencia un muerto en combate. Alan¹, que trabajaba en la morgue, estaba muy sorprendido por esta muerte. Según él, la víctima era un tipo de la zona, con antecedentes psiquiátricos. En absoluto era un delincuente. Me intrigó. Comprendí que debía tener cuidado con Urbano. No era confiable, y potencialmente resultaba peligroso. ¿Qué podíamos esperar de un tipo que apreciaba que lo apodaran Hitler? Sin mencionar las confirmaciones de mis informantes sobre sus estrechos nexos con paramilitares que delinquían en la zona.

Estuve pendiente de todo lo extraño que estaba sucediendo en mi unidad, y tomé la decisión de contactarme con el sargento Tombe, jefe de la sección de Contrainteligencia de la Brigada 30, en Cúcuta. Le dije que la situación estaba empeorando, que aún no tenía pruebas, pero que los altos mandos de Ocaña estaban

¹ El nombre ha sido cambiado.

trabajando de la mano con los paramilitares. También le conté sobre el cabo Urbano.

Varias fuentes corroboraban que el joven muerto durante la operación de la cual Urbano dio la información de Inteligencia era en realidad sólo un tipo conocido por problemas psiquiátricos que no tenía nada que ver con armas o tráfico de drogas, mucho menos con grupos delincuenciales. Fue la primera víctima que me llamó la atención. 2007 apenas empezaba, y estaba lejos de imaginar que las ejecuciones extrajudiciales del Ejército habían alcanzado su punto máximo en 2006.

Como un militar joven cegado por sus convicciones, no estaba de acuerdo con estas acciones que empañaron permanentemente el honor de una institución a la que adherí cuerpo y alma. En este punto de la historia, ni siquiera sabía qué era un *falso positivo*, un término del que nunca había oído hablar. En Colombia, designa a un civil asesinado por el Ejército al que se hace pasar por combatiente de un grupo guerrillero, un grupo paramilitar o cualquier otra organización armada en el contexto del conflicto interno. Nunca se me había pasado por la cabeza que estas cosas podrían existir.

El sargento Tombe me aconsejó que tuviera mucho cuidado, ya que el tema era muy delicado. Tenía que seguir abriendo ojos y oídos para comunicarle a él toda la información que obtuviera sobre lo que estaba sucediendo. No tenía sentido presentar a ningún civil como un delincuente muerto en combate con los militares. Tombe me escuchó sin tratar de convencerme de que estaba equivocado o que había entendido mal. Como si él diera por sentado que mi historia fuera probable.

Me preguntaba qué pasaría cuando todo esto saliera a la luz pública o llegara a conocimiento del alto mando militar... Pero para mi sorpresa, no hubo sanción ni reacción. La vida de la brigada siguió su curso. ¡La información traída por Urbano condujo a más y más muertos en combates y otros positivos! ¡Y los resultados de la Brigada Móvil 15 mejoraron notablemente!

Por orden del coronel Herrera, el mayor Velandia, jefe de la Cioca, me pidió que entregara a mis informantes al cabo Urbano. Me negué a hacerlo porque no confiaba en él.

Una noche timbró mi teléfono.

—Cabo, ¿cómo estás?

Recibía la llamada del coronel Rincón Amado, yo... un simple cabo. Dada la diferencia de rango, era más que improbable que el jefe de operaciones de la Brigada Móvil 15 me llamara a mi celular para darme una orden directa sin seguir la cadena de mando.

—Cabo, Urbano está manejando una información muy importante; necesito que lo llame y que coordinen juntos lo que sea necesario. ¿Listo?

La razón de su llamada era aún más inverosímil.

Estaba a punto de cenar con mi novia, el cabo Jaime² — también era mi amigo— y su novia, alrededor de las 7:00 p. m., cuando, como militar disciplinado, contacté a Urbano, que esperaba mi llamada. De hecho, él me necesitaba «para verificar una información» y acordó reunirse conmigo en el distrito de Aguas Claras, a las afueras de Ocaña. Me sentí confundido. Sin embargo, tenía que cumplir la orden y reunirme con Urbano, por más extraña que pareciera la situación.

Al percibir mis dudas, Jaime se ofreció a acompañarme por seguridad. Rechacé la propuesta, pero le dije: «Si no estoy aquí mañana por la mañana, comuníquese con el mayor Velandia y dígame que me reuní con Urbano por orden del coronel Rincón. ¿Listo?».

Me fui bajo la noche. Cojeando, con mi muleta.

Urbano ya se encontraba en el punto de encuentro. Nos saludamos brevemente y él me invitó a subir al taxi que me esperaba. La noche era oscura, el lugar bastante aislado. En el vehículo,

² El nombre ha sido cambiado.

un desconocido estaba sentado en el lado izquierdo. Apenas tuve tiempo de sentarme, Urbano dio un paso hacia el lado derecho empujándome. Me encontré en la parte de atrás, rodeado de dos personas. En la parte delantera, se instaló un pasajero al lado del conductor. El taxi arrancó sin que tuviéramos tiempo de hablar una sola palabra.

Detrás de nosotros, una motocicleta se puso en marcha y nos siguió, y más detrás, un automóvil que reconocí sin dificultad: el Renault rojo que me había atropellado meses antes.

Un flujo de sudor se deslizó entre mis omóplatos. Me concentré para impedir que surgiera y pudiera notarse mi intensa turbación. En mi interior, estaba burbujeando, tratando de conectar mis neuronas para entender lo que estaba sucediendo.

Tan pronto habíamos viajado unos pocos kilómetros, Urbano se volvió hacia mí: «¿Vos conocés a Leo?». Claro que sabía quién era... el jefe paramilitar de la región. También actuaba bajo el alias de *Manuel*. Precisamente, estaba siguiendo su rastro en el marco de mis misiones desde hacía mucho tiempo.

—Te lo presento, —dijo con un toque de satisfacción perversa, señalando a mi vecino a la izquierda.

Leo, de siniestra reputación, líder de un grupo que cometía las peores atrocidades hacia quienes obstaculizaban sus proyectos o se oponían en su camino, era el individuo sentado a mi costado en ese preciso momento. Fue poco el tiempo que compartimos. Se dirigió hacia mí.

—Hermano, nos tiene bien jodidos.

El silencio mortal se había instalado en el interior del carro. Sólo se podían escuchar los ruidos externos. Me sentía petrificado.

—Sería fácil deshacerse de usted. Acá podría picarlo en pedacitos y desaparecerlo. ¿Sabe que trabajamos aquí con el permiso de sus papás?

En su forma de hablar, mis «papás» se refería a los coroneles. En otras palabras, a los comandantes de la Brigada Móvil.

[2]

El origen

NACÍ EN BOGOTÁ el 5 de noviembre de 1983. Mi madre viene del sur de Colombia, más precisamente del Caquetá, en la Amazonía. Una región de bosques tropicales y de gran riqueza ecológica, con baja densidad de población y un problema complejo, debido a las condiciones favorables para el cultivo de coca y la débil presencia del Estado. Sin mencionar las minas de oro que financian grupos armados ilegales. Tuvo que huir cuando era pequeña, debido a la guerrilla. Ella, junto con su familia, aumentó la ola de desplazados por la violencia, se convirtió en otra más de la larga lista de colombianos que tienen que abandonar su lugar de origen. Hacía parte de esa población rural desarraigada y proyectada en las periferias urbanas, cuyas reglas ignoraban, en un entorno desconocido y no necesariamente más civilizado que el que habían dejado detrás de ellos.

Sólo conocí a mi padre, un sargento mayor retirado del Ejército, cuando cumplí los diecisiete años. Él es oriundo del Chocó, uno de los departamentos más pobres del país y una de las áreas más húmedas de Colombia, con bosques inextricables, salvajes y mucha pobreza, corrupción y tráfico. Después de terminar su carrera, se radicó en la ciudad de Cali.

Cuando mi madre quedó embarazada de mí, mi padre ya tenía su propia familia. Nunca conocí a mis padres biológicos viviendo juntos. Construyó su hogar con otra persona. Y supe muy poco de mi padre biológico durante gran parte de mi infancia. Lo único que sabía era que había sido militar. ¡La verdad, no me sentía en una situación extraordinaria, porque esto les sucedía a muchos niños que me rodeaban!

Crecí en el sur de Bogotá, en Ciudad Bolívar, con mi madre, mis hermanos, hermanas y mi padrastro. Paula era la mayor e hija de otra persona que no era mi padre. Yo nací después. Luego nació mi hermano menor, Ómar, que también es hijo del padre de mi hermana Paula. Con mi padre, mi madre experimentó una especie de paréntesis en su vida de mujer. Después vinieron Jhonatan e Yvonne, los dos últimos hijos que tuvo con su actual pareja. Vivíamos juntos los siete.

Santa Rosita de las Vegas en Ciudad Bolívar era un barrio muy peligroso. A diario había muertes, puñaladas, atracos, robos y venta de drogas al menudeo.

Nuestra casa estaba hecha de cartón resistente y de madera. Era tan pequeña que apenas tenía dos tipos de habitaciones, si así se les puede llamar: una para la estufa de cocinol y la otra para dos camas; una de mi madre y padrastro, y en la otra dormíamos los cinco hijos. Nunca llegué a sentir frío, a pesar de que la casa quedaba justo en la punta de la loma y el viento resonaba toda la noche. Ahora sé que fue por el calor de mis hermanos; nos protegíamos del frío sin saberlo.

En Ciudad Bolívar, mis padres hicieron lo mejor que pudieron. ¡Y, la verdad, muchos podían hacer poco! Por supuesto, no había baños. Aún recuerdo muy bien a mi padrastro levantándose muy temprano para ir a trabajar bañándose a un costado de nuestra cama con agua que se recogía en canecas el día anterior en la pila de agua comunitaria. Tampoco había electricidad ni servicio de aguas negras. La casa estaba al costado de un lote vacío que se utilizaba como basurero. Naturalmente, había ratas. Vivimos allí hasta 1997.

Con los años, nuestra condición mejoró gradualmente. Así es como la casa de cartón y madera se convirtió en una pequeña casa de ladrillo. ¡Es increíble el nivel de felicidad que un ladrillo puede darle a una familia!

Llevábamos una existencia humilde, con pocos recursos, en una situación muy precaria. Mi madre hacía tareas domésticas

en casas de familia y luego entró a trabajar en la cooperativa Codema. Tenía que madrugar, con largos recorridos en la capital, conocida por sus trancones. Regresaba por la noche, exhausta; todo esto para ganar un modesto salario mínimo.

Muchas veces, mi padrastro se tornaba violento. Con mi madre, con mi hermana mayor y conmigo. Nunca lo justificaré, pero creo que era la manera de desquitarse por su situación social y por la mierda que tenía que comer todos los días para intentar conseguir el sustento para siete personas, aunque tres de ellas no fueran sus hijos. El lugar donde vivíamos y las circunstancias trajeron su parte de dificultades más o menos serias y bastante comunes, dado el barrio.

Mi madre tenía dificultades para cuidarnos. Con su trabajo, era difícil que pudiera quedarle tiempo para nosotros. Una de mis hermanas, Paula, la mayor, pasaba casi todo el tiempo afuera. Era su forma de escapar de todas las dificultades que se pueden tener en una casa de estrato cero. En ese tiempo, yo no entendía cómo mi hermana prefería pasar noches y días enteros en la calle, escapada de casa, rodeada de viciosos y atracadores durmiendo en cualquier esquina donde le cogiera la noche, a estar a mi lado protegiéndonos del frío de la noche en nuestra cama. Hoy creo que entiendo un poco mejor el porqué, pero en ese momento era un misterio. Ella, a su manera, trataba de protegerse.

Nuestra infancia no fue nada fácil. Todos hicimos lo posible para mantener la cabeza fuera de tanta mierda. Ella huyendo, en busca de un salvavidas con otros perdidos.

Siempre soñé con ser militar. Hasta donde puedo recordar, nunca consideré ninguna otra carrera cuando planifiqué mi futuro. Para mí no sólo era una profesión, sino la forma en que imaginaba el futuro como un todo. Consideraba a los militares como héroes, garantes de cierta justicia, de un orden que protegía a los más débiles.

Un evento reforzó esta creencia. Durante una de sus escapadas de casa, Paula terminó en la estación de policía del barrio

Meissen junto con otros jóvenes de mala entraña. Ella aún era menor de edad, y las autoridades contactaron a mi madre para recogerla y devolverla a casa. No estoy seguro de qué edad tenía yo en ese entonces, pero creo, con temor a equivocarme, que cruzaba los once años.

Aún tengo presente la mano de mi madre en mi hombro pidiéndome despertar y levantándome de la cama para que la acompañara para ir a buscar a Paula. Teníamos que bajar desde lo más alto de los cerros de Ciudad Bolívar a pie, para llegar al barrio San Francisco.

Creo que eran unos cuatro kilómetros, pero la distancia era lo de menos. Lo que realmente me aterraba era el inmenso peligro de todos esos barrios en horas de la noche. Incluso recuerdo que los muertos podían durar dos días tirados en el piso hasta que la policía pudiera subir al barrio con bastantes patrullas para hacer los levantamientos de manera segura. Si en el día era bastante peligroso, en la noche era un infierno sólo apto para los más fuertes.

Después de sacar a mi hermana de la estación de policía, de retorno a casa nos cruzamos en el camino con unos jóvenes amigos de Paula, quienes nos forzaron a parar. No nos sentíamos tranquilos. Allí reinaba la ley del más fuerte, y la autoridad no estaba de nuestro lado. Nunca le temimos a Paula, pero sí a sus «amigos». Estaban esperando que ella saliera de la estación de policía para que se fuera de nuevo con ellos, supongo que a cometer más fechorías.

Mi madre temía que todo terminara mal y que definitivamente ella entraría en un ciclo infernal. No teníamos mucho, nuestro estatus social era bajo, pero no estábamos tan perdidos como estos niños de la calle cuyos puntos de referencia habían desaparecido. Mi madre y mi padrastro nos inculcaron valores; mi madre quería detener la influencia de ellos y traer a Paula a casa.

Fue entonces cuando nos encontramos con un grupo de militares patrullando. La policía no llegaba tan lejos, era

demasiado peligroso. Fueron rápidos en intervenir, sacándonos a mi madre y a mí de ese lío. Aquellos hombres en uniforme hablaron un rato con mi hermana y alejaron estos tipos inquietantes. Y los tres nos fuimos a casa, sin que la pandilla interviniera para detenernos.

Ese día me enamoré completamente del Ejército, soñaba ser como ellos en el futuro. Hacer el bien, servir a la comunidad, ser justo. Ya había visto pasar a militares en el barrio y me habían llamado la atención. Pero aquella vez, está muy claro en mi memoria, supe que algún día portaría ese uniforme camuflado.

En nuestra situación, sin embargo, aquel era un sueño inalcanzable. En ese momento, era muy difícil salir adelante en Ciudad Bolívar y dejar la invasión para tener una mejor vida. Muchos jóvenes morían alcanzando la edad adulta, a veces antes. Otros fracasaban en la cárcel. De callejear tanto, sin nadie que los cuidara, ir a la deriva era la ruta más probable.

El abuso, activo o pasivo, estaba mucho de ser excepcional; hablo de todo tipo de abuso. A lo mejor, los niños crecían descuidados. Para muchos, la calle era la mejor opción. Huían de la atmósfera de su barrio pobre y su violencia polimorfa. A las puertas de la capital moderna, un mundo completamente distinto tomaba forma. Para muchos, la vida se fue al carajo. Afortunadamente, para mí tomó otro camino.

Para llegar al colegio Instituto Jerusalén en el barrio la Coruña, en donde inicié mis estudios de bachillerato, tenía que bajar toda la loma. Vivíamos arriba, en el lugar más peligroso y cuanto más bajábamos menos riesgo corríamos. Nuestro hogar estaba en una de las primeras áreas de invasión de Ciudad Bolívar, que creció constantemente a partir de entonces.

Me gustaba el colegio, e incluso tuve buenas calificaciones hasta el grado quinto. Siempre sobresalí entre los primeros puestos y los maestros apreciaron mi temperamento tranquilo, curioso y respetuoso.